

# La Isla de los Difuntos

De

Raúl TORRES Rodríguez

Capitán de fragata (R)

Armada de Chile

La noche del golfo nos había azotado con furia; el barómetro seguía bajando, mientras el norte y la lluvia arreciaban. La pequeña "María Cecilia", como siempre, se había defendido magníficamente. Era valiente y noble, marinera y atrevida. Facundo, al timón, olfateaba el mal tiempo que tendríamos que soportar si continuábamos más al sur, en circunstancias que la "cangreja" había sufrido algunos destrozos, especialmente en la relinga de caída. Eso nada bueno nos reportaría al sorprendernos un fuerte temporal durante la noche.

— Capitán: ¿por qué no fondeamos?; son las dos de la tarde y usted sabe mejor que yo que, en esta época del año, la noche se viene encima de repente.

Era avanzado el otoño. Los malos tiempos en la región de Chiloé no esperan la llegada del invierno, se presentan muchas veces en primavera y aún en verano; pero el otoño en los canales australes tiene, por lo general, todas las características de un crudo invierno.

Observé un instante el cielo: era negro, cubierto de nubes amenazantes. Una pesada lluvia iba ocultando las islas más y más tras un manto casi impenetrable. Las dos de la tarde, sí; pero de una de esas tardes del archipiélago que comienzan al despuntar el día; ya a las doce horas, cuando en cualquier parte del mundo se registra el mediodía, en esos canales otoñales ya muchas veces es de noche y, os lo aseguro, las noches negras de Chiloé son las más largas y oscuras de nuestro extenso litoral.

La carta de navegación mostraba a babor la cordillera andina con sus picos nevados imponentes, lejos, muy lejanos; a estribor, un sinnúmero de islas grandes y pequeñas, más de las segundas que de las primeras, casi todas deshabitadas, y en lontananza, la Isla Grande, a lo menos cuarenta millas de distancia, la única

que podía ofrecernos un resguardo seguro. Pero esas cuarenta millas significaban muchas horas para la pequeña embarcación.

Vinieron a mi memoria las penurias indescriptibles sufridas pocas semanas antes, cuando, de amanecida, nos sorprendiera un violento temporal en medio del Golfo Corcovado: una inmensa y traidora ola arrancó de cuajo el timón de la noble goleta. Mientras Facundo —el incomparable Facundo— confeccionaba un timón de emergencia valiéndose de un "cuartel tapa escotilla" y postes de ciprés, hubimos de mantenernos semi-aproados a la mar a fuerza de bayona. La colocación del indispensable implemento fue una verdadera odisea; y, como si todo fuera poco, otra ola traicionera hizo saltar de su calzo la botavara aún cuando estaba fuertemente trincada. En esa nueva emergencia, mi boses saltó como gato a su penol y en un instante afortunado logró asirse de las burdas, logrando frenar la mortal carrera de ese inmenso palo que amenazaba con destruirnos.

Con esto tan fresco en mi mente, lo más cuerdo y prudente era tomar un fondeadero de emergencia a la mayor brevedad, al socaire de cualquiera de los islotes —casi peñascos— que aparecían a unas tres millas por estribor.

— ¡Cierra a estribor, Facundo! . . . Vamos a fondear en cualquier rincón que se nos presente de aquí a una hora.

Navegábamos a motor y vela. El viento norte nos era favorable. Amantillamos más a babor la botavara y cazamos foques. La "María Cecilia" dio un salto como lo haría una colegiala que le avisaran que pronto estaría en casa para una buena taza de chocolate. La quilla rompía las aguas agitadas del golfo, aproando a ese pequeño grupo de islotes que poco a poco se agrandaban a nuestra vista. Ayudado por los binoculares, observé el horizonte y elegí de inmediato cuál sería nuestro punto de recalada: uno que mostraba en su extremo norte un montículo apreciable, cuajado de árboles; allí seguramente encontraríamos un sitio resguardado del norte que azotaba cada vez con mayor intensidad. Nos fuimos acercando poco a poco. De repente, por la amura de estribor, divisé una rancha levantada en la punta norte de uno de los

islotes y, en ésta, izada la bandera nacional invertida, lo que en los mares del sur es señal convencional de auxilio. Fue una enorme sorpresa, pues, a todas luces, esos peñascos que apenas figuraban como una mancha en la carta de navegación, estaban deshabitados.

— Mira, Facundo — advertí —, ¿vive gente en esta parte? Asímate a observar la bandera chilena que han izado en una ranca en este mismo momento; seguramente necesitan auxilio. Vamos allá.

Mi boses, conocedor profundo hasta del último peñasco de los canales australes, observó un instante y rió inaliciosamente, arrugando la frente, dejando ver sus colmillos blanquinegros afilados.

— Esa es la "isla de los difuntos" — respondió —; yo seguiría de largo; por ningún motivo recalaría en un paraje como éste. Allí sólo encontraremos la tumba de los tres soldados. . .

— ¡Pero Facundo! . . . estás golpeando mis mejores sentimientos; tú bien sabes cómo me gusta conocer e indagar todas estas cosas, todos los misterios que encierra el archipiélago de Chiloé. ¿Acaso me vas a negar tu compañía en esta oportunidad? — indagué —. ¡Cierra más a babor. . . !

— ¡Juancho! . . . , alista para fondear — ordené. Prepara el bote para echarlo al agua apenas larguemos ancla.

Facundo se mostraba nervioso; estaba pálido y a todas luces no compartía mi entusiasmo de largarme a tierra en pos de una posible aventura.

— A usted nunca se le acabarán las ansias de meterse en problemas en esta región, hasta el día que sufra un golpe que no le deje con ganas de seguir investigando en los misterios que encierran los mares por estas latitudes — expresó Facundo, sentenciosamente.

— ¡Anda, supersticioso incorregible! . . . Me has acompañado a perseguir al "trauco", me ayudaste a cazar un "camahuetto"; has ido conmigo en busca de los "brujos", y ahora te niegas en una aventura tan simple como es ir a conocer la tumba de algunos soldados.

— Esta vez la cosa será distinta — ¡ya veré! Yo no tengo miedo, pero se acordará de mis advertencias.

Bordeamos más a babor, contorneando el islote en busca de un posible remanso que parecía adivinarse tras un montículo del norte. Arriamos velas y solamente auxiliados por el motor bencinero, fuimos acercándonos hasta llegar a unos treinta o cuarenta metros de la costa y largamos el fierro. Juancho, inmediatamente echó al agua el pequeño bote y saltó en él, remo en mano. Me coloqué la pistola al bolsillo y tomando del brazo a mi boses, juntos saltamos a la embarcación que —pequeña y frágil— se quejó ante nuestro peso.

— Boga hacia ese rincón, Juancho; junto al peñón que allí se ve, trataremos de varar. Cinco minutos, y estaremos en tierra, Facundo.

Todo a nuestra vista aparecía exento de vegetación; sólo algunos arbustos raquíticos y tierra movediza. Tomamos un sendero que nos llevaría a la punta norte. La ranca se nos había perdido de vista, pero la suponíamos a unos cuatrocientos metros de distancia. Efectivamente, en un recodo del camino, apareció a nuestro alcance.

Caminábamos en silencio bajo la tupida lluvia; azotaba fuerte el viento en nuestros rostros. Facundo, el gran Facundo Barrientos, mi piloto y boses de mil aventuras, con quien había compartido tantos momentos inolvidables en los mares del sur; él, que siempre se había mostrado resuelto a cooperar en mis andanzas a través de canales y rincones llenos de embrujo, marchaba cabizbajo; su viejo chaquetón de cuero negro brillaba bajo el agua, mientras desde su inseparable boina vasca caían gruesos goterones que parecían dejar surcos en su rostro de fino roedor.

Pronto llegamos a la destartalada casucha en la cual ya no ondeaba la bandera nacional que viéramos izada desde a bordo; había desaparecido. Era una construcción a medio demoler de dos cuartos construidos de adobillos y paja, casi sin techo. De su antiguo tejado hecho de latas parafineras, sólo se notaban restos carcomidos por el óxido. Estaban totalmente deshabitados. En uno de ellos, pegada a la pared, sobre una ruma de adobones, una imagen de la Virgen y dos velones encendidos que chorreaban esperma lánguidamente. Numerosos tarros

viejos, restos de comida, pedazos de coronas muertas, ramas secas y muchos otros objetos indicaban que hasta ese lugar llegaban ocasionalmente romerías a encender velas y pagar mandas hechas a los difuntos. Fuera, tal vez a unos diez metros de distancia, entre un pequeño matorral, había tres cruces semi-destruidas, restos de flores y armazones de coronas. A pocos pasos, tres montículos que correspondían seguramente a tres sepulturas. Ni un letrero, ni una palabra que diera luces sobre el misterio que esas tumbas encerraban. Poco más allá, un antiguo corral de ovejas. Ni una persona, ni una huella que pudiera indicar que el islote estaba habitado. Por todas partes, cuevas de ratas o famélicos conejos.

Después de caminar tal vez una hora, decidimos regresar a bordo e hicimos el recorrido inverso, pasando una vez más junto a las sepulturas. Cuando éstas quedaron atrás, sentimos un ligero remezón de tierra y un prolongado ruido como de cadenas que entrechocaban o huesos que crujían. Silenciosamente pensé en un ocasional temblor, no obstante...

— Son los difuntos —advirtió Facundo—; se han enojado porque hemos violado este recinto sin cumplir lo establecido. Aquí sólo se debe venir de noche, después de medianoche y nunca en grupos, solamente de una a una persona; si vienen varias, las demás deben esperar alejadas, hasta que regrese el penitente. Además, deben rezarse tres padrenuestros y tres avemarías.

— ¿Qué te parece —interrogué— que vengamos a medianoche a cumplir con lo establecido?

— De nada serviría —fue la respuesta— porque usted en todo eso lleva algo de burla; solamente conseguiríamos agraviar más a los difuntos y quizás tendríamos que arrepentirnos más tarde.

Regresamos a bordo. Se nos vino encima una de esas noches terriblemente desagradables de Chiloé: viento arrachado del norte, chubascos, mar gruesa que entraba hasta el surgidero mismo, azotando los costados de la embarcación que se revolvía tirando fuerte de la cadena que amenazaba cortarse.

A medianoche salí a cubierta, ayudado por los binoculares, me dediqué a observar cuanto pudiera ocurrir en la singular

ermita. Y me impuse de algo curioso: a cada momento aparecían luces blancas, seguramente correspondientes a faroles de mano que llegaban a la rancho y, al poco rato, sus portadores regresaban a la costa. Numerosos cuervos volaban de una a otra isla, cosa a la que ya estábamos habituados. Por lo que pudiera ocurrir, manteníamos encendido nuestro auxiliar, el viejo brasero que tantas veces nos sacó de apuros.

Al día siguiente, reparadas las emergencias, seguimos al sur. Tomado un cargamento de maderas en Quellón, días más tarde regresamos a Puerto Montt.

El tiempo había cambiado radicalmente: soplabla una brisa fresca del sur que nos ayudaba en nuestra navegación. Decidí hacer el viaje pegado a Isla Grande, y, al encontrarnos a la cuadra de la "isla de los difuntos", recalamos en cierta caleta —cuyo nombre prefiero silenciar—, en la esperanza de obtener algunas informaciones referentes a las sepulturas que habíamos conocido días antes. De más estará consignar que mi incorregible boses no aprobaba mi actitud.

Apenas anclamos, se presentó a bordo la autoridad marítima, un sargento jubilado de la Armada a quien no recordaba. Nos identificamos.

—Capitán —advirtió seriamente—, usted debe zarpar cuanto antes; por ningún motivo permanecer en el puerto y menos bajar a tierra.

— ¿Y eso por qué, señor Capitán de Puerto? —respondí sonriente.

— Porque usted, tal vez sin saberlo, ha violado la tranquilidad de los tres soldados, que son venerados por los habitantes de esta caleta. Allí sólo se puede ir de noche, después de medianoche, llevar tres velas encendidas y rezar las oraciones que está dispuesto. Además, no está permitido que vayan varias personas en grupo: solamente deben acercarse de una en una para cumplir la manda; mientras ésta lo hace, las otras personas deben permanecer en la playa.

— Dígame —interrogué con todo respeto— ¿cuál es el origen de todo esto?

— Se lo voy a explicar en pocas palabras. Yo no soy muy "letrao" en el asunto; lo sé como lo oí desde niño y es lo mismo que corre de boca en boca

entre los habitantes de esta caleta. Se trata de algo ocurrido tal vez hace cien años.

El bonachón ex-servidor de la Armada se arregló un poco los mostachos, bebió un sorbo del exquisito ginebra que le había ofrecido, ese delicioso y convincente licor que tantas veces me sacó de apuros en los mares del sur y muy seriamente inició el relato que transcribo casi textualmente:

"Resulta que por allá por los años 1820 ó 1822, recaló en esta caleta un bergantín español que venía cargado de soldados enviados desde su país, para reforzar el único bastión con que aún contaban los conquistadores, precisamente en Chiloé. Según cuentan, "puchas" que habían sufrido en esa navegación de semanas y semanas a través del Atlántico y luego por nuestro Pacífico sur. El comandante recaló aquí para dar un pequeño descanso a la tropa, aprovechar de reparar algunos desperfectos y preparar el armamento para entrar en combate en cualquier momento. Aseguran que estuvieron en el puerto unos cinco días. Los soldados eran "re-bien encachaos", y al bajar a tierra, como no podía ser de otra manera, se dedicaron a beber y a gozar de las cariñosas isleñas. Tres de ellos conocieron a un grupo formado por una viuda y dos hijas, cual de todas más buena moza. Las muy ladinas los engatusaron, llevándolos a ese matorral de murras que hay allá en el bajo. Cuando llegó el día del zarpe estaban tan embrujados que decidieron quedarse para siempre en esta caleta y decididamente desertaron.

El comandante, cuando los hombres faltaron a lista, demoró el zarpe y ordenó se les buscara de casa en casa. Todo fue inútil: las mujeres, en la obscuridad de la noche, se los habían llevado a ese islote que usted conoció.

Pero resulta que la viuda, al enamorarse de uno de los soldados, había faltado a un juramento que hiciera ante el altar, el día que murió su esposo: había jurado no volver a mirar a hombre alguno, ella ni sus hijas, por el resto de la vida, porque el finado la había hecho sufrir mucho, especialmente por sus continuas borracheras. Les enseñó a las muchachas a odiar al hombre y ellas lo

cumplieron, aunque cuentan las malas lenguas que por allí a escondidas. . .

Una vez en el islote, ya pasado el peligro, levantaron esa rancha que usted conoció y se dedicaron a la agricultura. Los hombres eran empeñosos y pronto se hicieron querer de todos los habitantes de los alrededores de Isla Grande.

Pasaron tal vez cuatro años. Comenzaron a llegar noticias que mi general Freire estaba arrasando con los últimos españoles, que aún resistían precisamente por allá en Ancud. La independencia definitiva de nuestro país era algo inevitable.

Los soldados parece que comenzaron a sentir arrepentimientos por la manera como habían procedido; sentían vergüenza por haber desertado cuando la bandera de su patria más los necesitaba. Resolvieron abandonar su escondite y de alguna manera llegar a juntarse con los suyos. Si era necesario, morirían al lado de sus compañeros.

Cuando las mujeres se impusieron de la decisión de sus amantes, aseguran que la madre habló así a sus hijas: "Hijas mías, ustedes han oído lo que dijeron nuestros compañeros, lo que han resuelto, arrepentidos de su proceder; se irán de nuestro lado para juntarse con sus camaradas. Yo también les diré que hace mucho que siento un gran arrepentimiento por haber faltado al juramento que un día hice ante el altar del Señor. Este pensamiento me persigue día y noche y terminará por matarme. Pero nosotras hemos entregado a estos hombres todo nuestro amor desde el mismo instante que nos juntamos entre las murras. No debemos permitir que nos dejen así por así".

Naide sabe, mi comandante, qué pasó después. Pero una noche, después que ellos disfrutaban de un último instante de amor, tres puñales se clavaron al mismo tiempo en sus corazones. Luego, los cadáveres fueron arrastrados fuera de la

rancha, enterrados y cubiertos de piedras y cadenas viejas. Cumplida la venganza, las mujeres dejaron el islote y desaparecieron para siempre".

—Pero, señor Capitán de Puerto —interrumpí—, en los momentos que pasábamos cerca del islote, izaron una bandera chilena invertida, lo que indicaba que alguien en tierra necesitaba auxilio.

El viejo sargento de mar —ya con dos o tres buenas copas de ginebra al haber— respondió con mucha confianza y no menos energía:

—Mi comandante "nuai ná tal bandera", ha sido un engaño de su vista o a lo mejor un reflejo de su propia bandera sobre los cerros nevados del frente. Sírvase zarpar cuanto antes.

Zarpamos. Confieso que cuando pasamos a la cuadra del islote de mis desvelos, ni siquiera miré a estribor. Facundo me observaba y reía burlescamente.

—Qué me dice, Capitán —interrogó— ¿volvería otra vez a la isla de los difuntos?

—Francamente no —fue mi respuesta—; me gustaría sí dar con la isla en donde se refugiaron las tres hermosas chilotas. Tengo la certeza que allí no encontraríamos una ermita con velas encendidas, sino restos carcomidos por el lodo, cubiertos de hortensias —símbolo de frialdad—, o de fresas —símbolo de arrepentimiento—; porque, no te quepa la menor duda, Facundo, que para ellas, especialmente las dos jóvenes, nada habrá sido más doloroso que dejar de disfrutar para siempre del amor de esos soldados, ofrendado con todo el calor y la vehemencia con que saben hacerlo los verdaderos hombres, esos que ellas juraron odiar durante la existencia.

El tiempo magnífico hacía deslizar a la "María Cecilia" rauda y majestuosamente; sus focos y la blanca cangreja se hinchaban gracias a una fresca brisa del sur que arrancaba a las burdas su canto eternamente sentimental.